

OBSERVATORIO SOBRE DESARROLLO HUMANO



Universidad
Autónoma
de Colombia
Fundación

Boletín No. 58 · Octubre - Diciembre de 2016

En esta edición

A donde vamos con el pos acuerdo rural

Por: Absalon Machado C. Pág. 2

Felicidad: aspiración milenaria de la humanidad

Por: Julio Silva Colmenares Pág. 7

Presidente

Gabriel de Jesús Acevedo Rojas

Rector

Ricardo Mosquera Mesa

Director

Julio Silva-Colmenares

Profesional, adscrita al Observatorio sobre Desarrollo Humano

Carolina Padilla Pardo

International Standard Serial Number

ISSN - 2011 - 0928

Las colaboraciones sólo comprometen a sus autores y se publican con fines de información y discusión.

Se autoriza la reproducción de este material, siempre y cuando se cite el boletín como fuente.

Puede encontrar el Boletín en medio magnético en el sitio del Observatorio en el portal de la página de Internet de la FUAC.

Calle 12B No. 4 - 20 Piso 2
Directo: 334 0228 - 352 9993
PBX: 334 3696 Ext. 261 - 250

obdehumano@fuac.edu.co
auxobdehum@fuac.edu.co

Diseño, diagramación e impresión



erestrepo@oficreativa.com
www.oficreativa.com

Presentación

Este boletín corresponde al último trimestre del año 2016; en este mismo trimestre, pero del año 2003, los consejos Académico y Directivo autorizaron la creación del Observatorio, como dependencia adscrita a la Rectoría. Han sido 58 ediciones ininterrumpidas, con la intención de aportar a la «construcción» de una concepción integral del desarrollo, como una especificidad distintiva de nuestra Universidad. La primera nota de este Boletín se refiere a un proceso en curso y que, sin duda, será fundamental en la historia de Colombia: la previsible finalización de un conflicto armado interno que ha durado más de medio siglo y lo que implica la etapa siguiente, en búsqueda de una sociedad mejor. Es de la autoría del reconocido académico Absalón Machado y ha sido tomada de la revista Economía Colombiana de la Contraloría General de la República. Como dice el profesor Machado, “Son muchos los retos, pero si se miran en una perspectiva histórica y del desarrollo, no tienen otro sentido que darle al sector rural y a sus vínculos con el urbano, la posibilidad de desarrollar los potenciales existentes para mejorar apreciablemente las condiciones de vida de los pobladores rurales, en una economía que debe seguir creciendo de manera competitiva y sostenible con base en criterios de equidad y justicia”. Y finaliza su artículo destacando que “Ese puede ser el sueño del posconflicto o del posacuerdo para el sector rural. No perdamos la capacidad de buscarlo y hacerlo realidad, la historia y la generaciones venideras nos comprometen a ello, si realmente aspiramos a una Colombia estable y con una paz construida entre todos. No es una utopía, es un sueño posible si se crea la conciencia de que ello es necesario para salir del atraso y del conflicto que ha significado tantas vidas y costos, tanta destrucción sin sentido, tanta humillación y desprecio por la vida humana. Lo que se logre estabilizar y consolidar en el sector rural tendrá siempre un costo-beneficio enorme para la sociedad. No existe mejor inversión para la

paz que lograr un desarrollo rural integral que dignifique la vida en el campo”.

Como segunda nota, publicamos un corto acápite del libro *Hacia un modo de desarrollo humano: realización de la libertad y búsqueda de la felicidad*, próximo a aparecer, como producto de una de las líneas principales de investigación en el Observatorio. Como se lee en las primeras líneas, “Si bien no hay una definición unívoca sobre la felicidad, debe tenerse en cuenta que no es un anhelo reciente de la humanidad, así como tampoco es de hoy la estrecha relación que se establece entre felicidad y libertad”. Pero la idea no tenía el mismo contenido; más adelante dice que “Como puede verse por este corto repaso del pensamiento de filósofos de la Grecia y Roma antiguas, la idea de la felicidad era muy distinta a la que impera en el mundo contemporáneo. Muy poco se vinculaba la felicidad al consumo de bienes materiales y sí más a la satisfacción de necesidades del espíritu, lo que «choca» con la imagen cinematográfica de vida lujuriosa que impuso Hollywood”. Con referencia específica a Nuestra América el autor recuerda que la “idea de la *búsqueda de la felicidad* impactó de manera muy positiva al Libertador Simón Bolívar, quien varias veces la utilizó en su prolífica producción escrita. Quizá la mención más conocida es aquella que en el extenso discurso de instalación del Congreso de Angostura (15 de febrero de 1819) reza así: “El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política”. Para finalizar, recalca que “El sucinto repaso histórico de las páginas anteriores muestra que de manera lenta pero persistente avanza la idea de que un mundo mejor es posible, como se dice hoy en ciertos medios académicos, y que para llegar a ese mundo es necesario avanzar también en el reconocimiento de la felicidad como un objeto de estudio científico. (...)”



A donde vamos con el pos acuerdo rural*

Absalón Machado C**

En el posconflicto, o después de la firma de un Acuerdo de Paz, el país tendrá inevitablemente que escribir el libro sobre la dignidad campesina y de lo rural, para reivindicar y valorar su papel estratégico en el desarrollo¹. Y la política pública, tanto como la actitud del Estado y de toda la sociedad, tendrá que ser consecuente con ello. Eso es así, pues desde la independencia el tratamiento dado a ese conjunto social y productivo, ha sido a todas luces vergonzoso cuando no denigrante, con un descuido monumental por parte del orden social y político existente sobre la suerte de sus habitantes rurales y sus recursos disponibles.

Es también inevitable en el posconflicto que la política pública se oriente en este caso hacia un desarrollo rural que termine transformando la realidad de ese sector, como se indica más adelante, a una reforma rural integral o transformadora. El desarrollo rural como idea no es nuevo en Colombia, la experiencia de los Programas DRI² durante casi 25 años acostumbró, en su momento, a buena parte de nuestra generación a hablar del tema, pero las concepciones utilizadas no fueron tan completas como las existentes hoy, y el pasado va quedando en el olvido y no aparece claramente en la memoria colectiva.

Se observó que ese Programa no generaba rechazos por parte de los gobernantes, los políticos y las elites, pues no tocaba las relaciones de poder en el campo, como sí lo hacía una reforma agraria en su concepción histórica. Hoy esa neutralidad del desarrollo rural se pondría en duda en una situación de posconflicto, cuando se nece-

sita empezar por recuperar lo que el conflicto destruyó, y construir para un futuro diferente, afectando intereses de grupos particulares que han ido en contra de los intereses nacionales y de los habitantes del campo.

El desarrollo rural hoy no puede entenderse como una simple presencia estatal en la vida rural y repartiendo subsidios y ofreciendo bienes públicos. Está más allá de la presencia de un gobierno asistencialista en las áreas rurales, pues en últimas se trata de emprender una transformación de la economía, la vida y las dinámicas de las sociedades rurales, con sus respectivas diferencias territoriales.

El desarrollo rural hoy se diferencia del histórico (los Programas DRI) en varios aspectos: su visión y conceptualización, el contexto interno y externo en que se emprende, los actores o agentes participantes, los ámbitos institucionales que los cobijan, las actitudes de las personas comprometidas en su planeación e implementación, y los compromisos políticos adquiridos por el Estado. Me referiré brevemente a cada uno de ellos de manera esquemática para abrir la discusión sobre este tipo de acciones públicas y privadas en una situación de posconflicto, o de pos acuerdo como se le quiera denominar.

a) Visión y conceptualización.

Indudablemente los conceptos sobre desarrollo rural han evolucionado desde los años cincuenta, y especialmente los setenta, cuando el Banco Mundial los propició en todos los países subdesarrollados. Inicialmente la palabra

integral (DRI) expresaba la idea que el desarrollo en el campo requería acciones simultáneas en producción, asistencia técnica, desarrollo tecnológico, crédito, infraestructura, salud, educación, habitabilidad, asociatividad de los productores y organización para participar en los mercados. Pero esta visión estaba circunscrita a lo rural entendido como lo agropecuario, o el desarrollo de actividades primarias.

A los pequeños productores se les financiaba solo actividades de ese tipo, la generación de ingresos extraprediales no hacía parte de la apuesta, con alguna reticencia se financiaban actividades vinculadas a la agroindustria rural circunscrita a la finca, como el secado de la yuca a sol en Colombia. En ese sentido, la visión del desarrollo rural era limitada y seguía las concepciones derivadas de los postulados de Theodore Schultz en los sesenta, quien planteó que los pequeños productores podían progresar si se les dotaba de los elementos necesarios, especialmente tecnológicos y bienes públicos. Ese desarrollo estaba prescrito solo para los pobres del campo, especialmente campesinos productores de alimentos, no para el resto de actores sociales y económicos de la vida rural.

Esta visión tradicional evolucionó hacia los años noventa cuando se suscribió el término de desarrollo rural sostenible por parte de las Naciones Unidas y otros organismos internacionales, y que el IICA divulgó y propició en América Latina³. El tema del medio ambiente entró a hacer parte de los componentes esenciales de los DRI, con un alcance que traspasaba lo ambiental para situarse en la idea de la sustentabilidad.

Más recientemente, el concepto evolucionó hacia la idea de desarrollo rural con enfoque territorial, para dar a entender la necesidad de tomar en cuenta las diferencias de capacidades, actores, historias, proyectos de vida y participación de las comunidades en países con una alta diversidad regional. Esta idea, derivada del IICA y sistematizada por el Rimisp en su ya clásico trabajo de Schejtman y Berdegué del año 2004⁴, está hoy en consideración en todos los países, y ha entrado en el vocabulario técnico del desarrollo para las áreas rurales. Basta mirar el INDH 2011 del PNUD, el Acuerdo Agrario de la Habana, y el reciente Informe de la Misión Rural, para darse cuenta que estamos ante un paradigma renovado para el desarrollo rural, por lo menos en los enunciados en el caso de Colombia. Como se verá más adelante, esta visión es más compleja de lo que parece, pues el tema del territorio tiene profundidades que traspasan lo rural.

Con la visión del desarrollo sostenible y el enfoque territorial se superan muchas de las limitaciones de los DRI. Especialmente las que los circunscribían solo a la actividad agropecuaria, dando espacio ahora a la diversidad productiva y de generación de ingresos, más allá de lo primario. Además, ese desarrollo se extiende a toda la sociedad rural en lugar de quedarse atendiendo solo a los pobres y los pequeños productores, con el establecimiento de prioridades en la atención que los gobiernos dan a sus ciudadanos. También entra con fuerza en estas nuevas visiones la idea que lo rural no es independiente de lo urbano, y existen una articulación e interconexión entre sus actividades, con lo cual el desarrollo rural debe tener en cuenta las dinámicas urbanas y las posibilidades de integración con las diferentes urbes. Y se supera la visión de la parcela productiva para mirar hacia el territorio donde se desenvuelven actividades rurales interconectadas con las urbanas.

b) Contexto interno y externo en que se emprende.

Los antiguos DRI se implementaron en un esquema de Estado intervencionista y de economías cerradas. El Estado era ofertista, las regiones, localidades y comunidades simplemente recibían los ofrecimientos que el Estado central les hacía. Las comunidades prácticamente no definían su suerte, se limitaban a recibir subsidios y ayudas definidos desde el centro, y las comunidades se organizaban alrededor de los proyectos donde se ofrecían recursos públicos y subsidios sin mayores contraprestaciones. El Estado centralista organizaba el desarrollo, las regiones y comunidades o usuarios eran actores pasivos. Los mecanismos que se adaptaron para darles visos de participación a los usuarios como los CMDR⁵ en Colombia, o los Comités DRI locales, veredales y departamentales, no tenían autonomía para decidir el uso de los recursos y rápidamente fueron cooptados por grupos políticos que usaron esos programas para hacer clientelismo.

Hoy el contexto ha cambiado, las economías están abiertas, unas más, otras menos; y el Estado intervencionista ha cedido su rol a los mercados en la asignación de recursos. Eso ha implicado cambiar las regulaciones macroeconómicas para la operación de un Estado más regulador que interventor. Por supuesto, en algunas áreas todavía lo público todavía conserva la iniciativa, pero lo privado también interviene vía contratos, acuerdos o arreglos institucionales. El Estado empieza a compartir sus responsabilidades con los privados, aunque no siempre en todas las actividades. La relación público-privado entra con fuerza en los nuevos contextos.

En esta desregulación de muchas de las actividades propias del Estado, los sistemas de planeación pasan a un segundo lugar. El cambio de contexto dio al traste con los antiguos DRI hacia mediados de los años noventa en Co-

lombia, y por eso se hace difícil, pero no imposible volver al desarrollo rural.

c) Actores participantes

También han cambiado los actores, si bien en lo esencial siguen siendo los campesinos, grupos étnicos y los más pobres; pero sus visiones, conocimientos y el acceso a la información han cambiado. Hoy están mejor informados, aunque no necesariamente mejor organizados; tienen acceso a las nuevas tecnologías de la información (Tics), están más relacionados que antes con agentes urbanos, han accedido a sistemas educativos con mayores coberturas, lo mismo que a sistemas de salud y protección social que antes no existían. Han diversificado sus demandas más allá del tema de la tierra, y sus expectativas son crecientes.

Se trata de actores renovados en sus actitudes, valores, conocimientos y expectativas, que les ha tocado interactuar durante el conflicto, con grupos armados, bandas criminales, y políticos aliados con estos. Tienen experiencias y vivencias durante el conflicto que han sido azarosas. Han sido despojados de sus bienes, se les ha desplazado forzosamente, han visto morir a muchos de los suyos sin razón. Todo ello ha cambiado sus visiones y actitudes frente al resto de la sociedad y el Estado; ya no se contentan con los subsidios del Estado, hacen protestas organizadas y se han relacionado con organizaciones y ONG de diversa naturaleza, incluso internacionales. Esos procesos les ha hecho perder confianza y credibilidad en las instituciones formales; la informalidad de muchas de sus acciones se ha multiplicado.

Su participación en las economías ilegales, como los cultivos de uso ilícito, la minería no autorizada, la destrucción ilegal de recursos naturales y otras, los ha imbuido de actitudes frente al Estado que no ayudan mucho a que participen en propuestas y proyectos que buscan sustituir esas actividades por

1. Esta es una especie de parodia de lo que hizo el rey de Inglaterra Guillermo I en el siglo I, al ordenar el levantamiento de un censo de población y un catastro confiables que le permitiera gravar a los propietarios según sus posesiones, como lo relata Rodrigo Uprimny en una columna reciente del Espectador; ese trabajo se le denominó el "Domesday Book".

2. Programas de Desarrollo Rural Integral. (Nota agregada por el Observatorio sobre Desarrollo Humano)

3. Ver Manuel Chiriboga y Orlando Plaza, Desarrollo rural, microregionalización y descentralización. IICA. Serie Documentos de Programas No.32, febrero 1993; Manuel Chiriboga. "¿Qué hemos aprendido en desarrollo rural en los 90?". Sin fecha, al parecer es un artículo escrito hacia el año 2000. IICA, El desarrollo rural sostenible en el marco de una nueva lectura de la ruralidad "Nueva ruralidad". Dirección de Desarrollo Rural Sostenible, San José de Costa Rica, octubre 1999.

4. Alexander Schejtman, Julio A. Berdegué, Desarrollo Territorial Rural, RIMISP, Debates y Temas Rurales, No.1, Santiago de Chile 2004.

5. Consejo Municipal de Desarrollo Rural (Nota agregada por el Observatorio sobre Desarrollo Humano)



otras más formales y legales. Esto dificulta enormemente la implementación de proyectos de desarrollo rural, así como el reconocimiento por el Estado de muchas organizaciones sociales.

d) Ámbitos institucionales y políticos en que operan

Los DRI operaron, en el caso de Colombia, en un contexto donde el fortalecimiento y desarrollo institucional estaban en marcha. Cuando el DRI surgió en la segunda mitad de los setenta, se habían diseñado una serie de entidades e instituciones para el desarrollo rural y agropecuario, que facilitaban esos programas y permitían algunas complementariedades. Hoy el desarrollo rural debe realizarse en un ambiente de reciente des-institucionalización de lo rural, con unas entidades que han sido duramente afectadas por el conflicto y la desidia del Estado. Solo en este año empezaron a diseñarse y operar, a marcha lenta, las nuevas entidades creadas por el gobierno con los decretos de diciembre de 2015 derivados de Facultades Extraordinarias otorgadas al Ejecutivo en el Plan de Desarrollo. Es diferente hacer desarrollo rural en un contexto institucional en proceso de consolidación, que en otro donde apenas se inicia un proceso de implementación de un nuevo arreglo institucional público, y después de salir de un conflicto armado que ha afectado enormemente a los pobladores rurales, sus organizaciones e instituciones.

Y desde el punto de vista político, el Estado ha adquirido compromisos internos con actores alzados en armas que lo obligan a cumplir pactos que se extienden más allá de los periodos gubernamentales. Son compromisos de Estado y sociedad, como los que se derivarán de la Habana, cuando se firme el acuerdo para dar por terminado el conflicto armado interno.

Antes eran más compromisos con los organismos internacionales que financiaban los DRI, hoy el compromiso es más con los grupos que buscan incorporarse a la legalidad y la vida política sin armas, y con pobladores rurales cansados de promesas, relegados y marginados históricamente por las políticas públicas. El compromiso es también con la comunidad internacional, expectante de las capacidades internas de avanzar en procesos de modernización y modernidad.

Las nuevas visiones y el posacuerdo

No cabe duda que las nuevas concepciones sobre el desarrollo rural implican hoy retos mayores y de creciente complejidad para el Estado y la sociedad. Si se toma como referencia la definición del desarrollo rural territorial del Rimisp en su versión inicial⁶, y los nuevos avances expresados recientemente por Berdegue y Proctor, así como Berdegue, Bebbington y Rosada, es claro que estamos frente a un desafío enorme para acompañar los procesos de cambio que ya se vienen presentando y los que es necesario emprender hacia el futuro.

Berdegue y Proctor indican que “La transformación rural es un proceso de cambio social integral mediante el cual las sociedades rurales diversifican sus economías y reducen su dependencia de la agricultura; llegan a ser dependientes de lugares distantes en materia de comercio y en la adquisición de bienes, servicios e ideas; se mueven de aldeas o rancherías dispersas a pueblos y pequeñas y medianas ciudades, y llegan a ser culturalmente más similares a las grandes aglomeraciones urbanas”⁷. Una de las características de esa transformación es la urbanización de las regiones rurales, lo que hace indispensable la visión de un desarrollo rural territorial, donde lo rural y lo urbano se van integrando en lugar de separarse,



en un proceso creciente de diversificación que asumen hogares multiubicación, como ellos los denominan.

Y afirman siguiendo a Christiaensen y Todo⁸, “Si el proceso de urbanización del país en su conjunto sigue un patrón de concentración urbana, el resultado es un tipo muy diferente de transformación rural que cuando el proceso general de urbanización se distribuye entre un mayor número de ciudades pequeñas, medianas y grandes”. Ello implica que países como Colombia requieren hacer esfuerzos enormes para fortalecer las áreas urbanas menores y medianas y facilitar los procesos de desarrollo rural. El desafío del posconflicto no son solo las áreas rurales, lo es también la relación de estas con las urbanas; es decir para que el desarrollo rural se haga más inclusivo socialmente, debe pasar por el camino del territorio.

Y agregan: “Estos espacios más grandes pueden ser mejor definidos no en una dicotomía de rural y urbano separados y fracturados, sino en un gradiente de condiciones que va desde localidades “rurales profundas” —muchas en número, pero con cada vez

menos personas en ellas— hasta, en el otro extremo, aglomeraciones urbanas. En el medio hay un espacio grande y rico donde la mayor parte de las sociedades rurales contemporáneas se colocan: territorios rurales-urbanos, es decir, arreglos socio-espaciales que involucran varias aldeas rurales, algunos pueblos y tal vez una o dos o tres ciudades pequeñas cuyo tamaño varía dependiendo en gran medida de la población total del país”⁹. Estos territorios funcionales, según los autores, “no son sólo un conjunto de ubicaciones individuales distribuidas al azar en un espacio geográfico, sino un sistema social, o un lugar con una identidad socialmente construida”¹⁰.

El posconflicto, oportunidad para la ruralidad

Rubén Darío Utría ha señalado que “En la práctica, el posconflicto es el escenario y el proceso societario de movilización y capacitación para la construcción, institucionalización y afianzamiento de la paz y la reconciliación, no sólo por parte

de los combatientes sino de toda la institucionalidad y la sociedad colombiana. Y todo esto debe estar indispensablemente abonado con el conocimiento de la verdad sobre los promotores y beneficiarios del conflicto, la identificación y reparación de las víctimas y la aplicación de una justicia transicional, para que puedan cicatrizar las heridas y reconstruirse los espíritus”¹¹.

Y dice Utría que debido a la complejidad de este fenómeno, “en la práctica la reconstrucción debe apuntar principalmente a cuatro objetivos: (i) la remoción de los factores generadores del conflicto; (ii) la reconstrucción de lo afectado y destruido; (iii) la solución de los problemas fundamentales no resueltos hasta ahora; y (iv) la formulación y puesta en marcha de un Proyecto Político Nacional de Paz, Reconstrucción y Desarrollo, inteligentemente concebido, suficientemente consensuado y eficientemente planificado, que saque al país del precipicio en que se encuentra, lo reoriente políticamente y trace el camino de dicha reconstrucción y pacificación”.

Así, lo mínimo que puede decirse sobre el posconflicto es que este es un proceso de transformación de las condiciones que han dado origen el conflicto. Como esas causas son estructurales y no coyunturales, el posacuerdo debe converger hacia un proceso de transformación societal que incluye la reconstrucción de lo que se perdió en la confrontación armada¹².

En esa concepción amplia, el desarrollo rural se constituye en una de las piezas claves, pues buena parte de los orígenes del conflicto está en las estructuras agrarias y el atraso en que se desenvuelve ese sector, pese a las islas de modernización que se observan en la geografía agraria. Pobreza, conflicto, atraso, carencia de bienes públicos, bajas productividades y competitividad,

desigualdad, discriminación, desvalorización de lo rural y lo campesino, desinstitucionalización, clientelismo en la política pública, etc., constituyen elementos de una crisis estructural que deriva en un conflicto rural sostenido por un modelo de desarrollo que ha fracasado en el sector rural¹³.

Por eso el posconflicto significa mucho para el sector rural. Es la oportunidad de asumir una decisión política que empiece por crear las condiciones que terminen por consolidar una sociedad rural integrada a la sociedad nacional, al desarrollo general del país, y a una globalización más equitativa y menos asincrónica. En el sector rural, el posconflicto se identifica con una profunda transformación de las condiciones en que viven sus habitantes, y en la creación de oportunidades para que se integren dignamente a la sociedad. Es decir, se identifica con una reforma rural integral profunda de largo alcance, sustentada en una política de Estado, como bien lo han indicado tanto el INDH 2011 como la Misión Rural¹⁴.

Recorrer ese camino implica enfrentar con decisión varios retos, a saber: reconstruir y desarrollar la institucionalidad rural, especialmente la de orden local y regional; generar conciencia sobre la importancia del desarrollo rural para el desarrollo nacional y la construcción de paz; formar nuevos liderazgos con capacidad de gestar coaliciones sociales para el desarrollo; combatir la informalidad, el crimen organizado y la ilegalidad en el campo; modificar las estructuras agrarias con políticas donde la equidad, la no discriminación y la sostenibilidad sean una norma; crear nuevas oportunidades para la generación de ingresos de los pobladores rurales; valorizar lo rural en la política pública; promover la organización de la sociedad civil para el desarrollo rural; avanzar en la inclusión productiva y social fortaleciendo

6. Schejtman, A. y Berdegue, J. A. 2014. Desarrollo territorial rural. Serie Debates y Temas Rurales N° 1. Rimisp-Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural. Santiago, Chile.

7. Julio A. Berdegue, y Felicity J. Proctor. Ciudades en la transformación rural. Rimisp, Grupo de Trabajo: Desarrollo con Cohesión Territorial, Documento de Trabajo No. 130, Santiago de Chile, 2014. Este documento es continuación de uno anterior escrito por Berdegue Julio, Antony Bebbington y T. Rosada bajo el título. The rural transformation. In: B Currie-Alder, R. Kanbur, D. M. Malone, and R. Medhora, International Development. Ideas, Experience, and Prospects. Oxford University Press, 2014.

8. Christiansen, L. y Todo, Y. 2014. Poverty Reduction During the Rural-Urban Transformation. The Role of the Missing Middle. World Development 63: 43-58.

9. Berdegue y Proctor, op. cit., pp 5-6.

10. Schejtman, A. y Berdegue, J. A. 2014, op. Cit.

11. Rubén Darío Utría “El posconflicto, reconstrucción nacional y desarrollo humano”. Academia Colombiana de Ciencias económicas, Bogotá, 2015. Este autor presenta así una visión amplia sobre el significado del posconflicto, que tiene mucho sentido en el caso particular de Colombia.

12. Ibid.

13. PNUD, Informe Nacional de desarrollo Humano 2011, Colombia rural, razones para la esperanza. Ver también el informe de la Misión rural, Bogotá, diciembre de 2015.

14. DNP-Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, Misión para la Transformación del Campo, Bogotá, 2015.



las agriculturas familiares; avanzar en el ordenamiento territorial y en el diseño e implementación de planes de desarrollo territoriales y participativos; hacer una implementación oportuna y de calidad de los Acuerdos que se alcancen en los Diálogos de Paz en la Habana.

Son muchos los retos, pero si se miran en una perspectiva histórica y del desarrollo, no tienen otro sentido que darle al sector rural y a sus vínculos con el urbano, la posibilidad de desarrollar los potenciales existentes para mejorar apreciablemente las condiciones de vida de los pobladores rurales, en una economía que debe seguir creciendo de manera competitiva y sostenible con base en criterios de equidad y justicia. El posconflicto no buscaría generar una revolución que lo cambie todo, sino desatar las fuerzas dormidas del desarrollo que las políticas públicas y las actitudes de las élites con sus conceptos erróneos del desarrollo, han mantenido ocultas desde la independencia de la metrópoli española, sosteniendo un orden social rural injusto, violento y altamente inequitativo.

La sabiduría del posconflicto puede consistir en hacer una buena priorización de esos temas para avanzar por etapas consecutivas que vayan enlazando dinámicas que alcancen cierta autonomía y no puedan ser ahogadas por el sistema político actual. Dinámicas virtuosas que van promoviendo la transformación, al estilo de los desequilibrios dinámicos formulados por el economista Albert Hirschman.

Colombia no se puede dar el lujo de seguir buscando una modernización a ultranza sin resolver el problema rural que se sitúa por encima de los problemas de la tenencia de la tierra. Y esa solución no puede generar nuevos conflictos, por ello requiere de muchas alianzas y coaliciones sociales, ojala innovadoras para ir involucrando a la sociedad toda en el

cambio de la realidad rural y de sus vínculos urbanos¹⁵. Una reforma rural transformadora, o una reforma rural integral, como se le quiera denominar, exigen un gran protagonismo del Estado. Por eso la frase derivada del Informe de Desarrollo Humano 2011 del PNUD, de “mas Estado en el mercado, menos mercado en el Estado y más participación de las comunidades en el diseño de la política pública” puede ser un referente para empezar a construir un nuevo modelo de desarrollo que tenga una fuerte incidencia en los ámbitos rurales que están en continua transformación.

Y estaríamos de acuerdo con los enunciados recientes del señor Fabrizio Hochschild de la representación de las Naciones Unidas en Colombia, de que el posconflicto no puede ser la tarea de un solo líder, gobierno o fuerza política. Es posible si la clase política se compromete, es decir, si se amplía la coalición política comprometida con la paz y con hacer realidad los contenidos del Acuerdo. Para lo cual los líderes actuales deben cambiar su discurso y sus concepciones sobre el desarrollo y la paz, y ser consecuentes con ello. Dice que “Se necesita una masa crítica de líderes. Una coalición de líderes de distintos sectores y orientaciones políticas que puedan rechazar la estigmatización y la deshumanización, no importa de dónde provengan”¹⁶. Y advierte que “la politiquería no puede poner en riesgo el derecho de futuras generaciones de colombianos de vivir en un país en paz”.

Los colombianos tenemos derecho a soñar y tener utopías, así en épocas no muy lejanas se nos haya prohibido tenerlas, en aras de apoyar un modelo único de desarrollo modernizante que arrasaba con cualquier otra alternativa de desarrollo. Soñar, por ejemplo, con un escenario mínimo rural en un plazo entre veinticinco y cuarenta años que se configure así: una sociedad rural esta-

ble y prospera, más equitativa, con uso pleno y sostenible de sus recursos, con inclusión social y productiva, integrada plenamente al desarrollo nacional con el diseño de una institucionalidad eficaz y ajena a los intereses politiqueros, que actúa en un Estado que controla el territorio y combate sostenidamente la criminalidad y la ilegalidad; participativa y organizada para el cambio; con acceso a una canasta dinámica de bienes públicos y actuando bajo la guía de un ordenamiento territorial, y donde la democracia sea una rutina política fortalecida con una agricultura familiar prospera y reconocida y valorada por la sociedad. Es decir, soñar con una reforma rural integral y transformadora de la realidad.

Ese puede ser el sueño del posconflicto o del posacuerdo para el sector rural. No perdamos la capacidad de buscarlo y hacerlo realidad, la historia y las generaciones venideras nos comprometen a ello, si realmente aspiramos a una Colombia estable y con una paz construida entre todos. No es una utopía, es un sueño posible si se crea la conciencia de que ello es necesario para salir del atraso y del conflicto que ha significado tantas vidas y costos, tanta destrucción sin sentido, tanta humillación y desprecio por la vida humana. Lo que se logre estabilizar y consolidar en el sector rural tendrá siempre un costo-beneficio enorme para la sociedad. No existe mejor inversión para la paz que lograr un desarrollo rural integral que dignifique la vida en el campo.

* Tomado de la Revista Economía Colombiana de la Contraloría General de la República, Edición 346, julio-agosto de 2016, págs. 64-70.

** Consultor en temas agrarios y desarrollo rural.

Felicidad: aspiración milenaria de la humanidad *



Julio Silva Colmenares**

1 - De los griegos a la Edad Media

Si bien no hay una definición unívoca sobre la felicidad, debe tenerse en cuenta que no es un anhelo reciente de la humanidad, así como tampoco es de hoy la estrecha relación que se establece entre felicidad y libertad. Hace 26 siglos, en la Grecia antigua, una de las primeras referencias a la felicidad es atribuida a Tales de Mileto (624?-548 a.n.e.)¹, a quien se reconocen significativos aportes a la filosofía y las matemáticas, a pesar de que no se conservaron textos escritos. Según esas palabras, la felicidad del cuerpo se funda en la salud; la del entendimiento, en el saber. Luego, Pericles (495?-429 a.n.e.), bajo cuyo gobierno Atenas pasó a ser el centro del pensamiento filosófico y Grecia alcanzó el mayor esplendor, lo que mereció que a su época se le diese el nombre del Siglo de Pericles, ya entendía que la libertad es condición de la felicidad, como se propone en estas páginas, pero viéndolas a la vez como elementos esenciales del desarrollo humano, pues en su Discurso a los atenienses dijo: Recordad siempre que no existe felicidad sin libertad, y que el fundamento de la libertad es el valor. Uno de sus contemporáneos, el poeta y dramaturgo Sófocles (496?-406 a.n.e.), autor de obras inmortales como Antígona, Electra y Edipo Rey, y de quien Pericles fue mecenas, pensaba que la felicidad es característica de la vida humana y llegó a decir que cuando una persona no tiene rastro alguno de felicidad, no está viva. Es un cadáver que respira.

Similar línea de pensamiento al respecto desarrollaba otro contemporáneo, el filósofo y escultor ateniense Sócrates (469-399 a.n.e.), quien sin haber dejado algo escrito pasó a la posteridad como exponente magnífico del siglo de Pericles y padre del idealismo objetivo. Su muy conocida admonición Conócete a ti mismo corresponde a su idea de que el fin principal del saber es el autococonocimiento. Para Sócrates, maestro de Platón (427-347 a.n.e.), no sólo cada acto ha de tener su finalidad, sino que no debe existir un objetivo más general que la felicidad suprema absoluta, lo que hace de la felicidad el fin último de la existencia humana.

Por esa misma época, Demócrito (460?-370 a.n.e.), y a quien se considera uno de los padres del materialismo en filosofía, dijo que la felicidad o infelicidad de un hombre no depende de cuantas propiedades tiene o del oro que gana. La felicidad o la miseria están en nuestro espíritu. Un hombre sabio se siente como en casa en cualquier país. El universo entero es el hogar del alma noble. A Demócrito hay que reconocerle el mérito de haber sido uno de los primeros pensadores griegos en preocuparse por el origen de las instituciones sociales, pues no dudó en plantear que fueron las manos, la inteligencia y el ingenio de los seres humanos, los creadores de la sociedad. Por eso Marx lo consideró como el primer intelecto enciclopédico de su época. Para Demócrito el ideal es una vida de bienestar y templanza, en concordia con la naturaleza, el cumplimiento del deber y la audacia

del espíritu.

En esta sucinta revisión del pensamiento griego puede recordarse que en el siglo siguiente Aristóteles (384-322 a.n.e.), alumno de Platón y también filósofo idealista objetivo, uno de los primeros en exponer de manera sistemática la lógica analítica, planteaba hace más de 23 siglos que el fin último del ser humano es la felicidad, pero no reducida al placer, los honores o la riqueza, sino como la manera de ser conforme a ciertos valores. Sorprende que una definición tan anterior en el tiempo, contemple como esencial lo mismo que hoy se pretende recuperar: la felicidad es una opción individual que tiene que ver con los valores que cada persona reconoce o acepta. El mismo Aristóteles dijo en otra ocasión: Tanto el hombre común como la gente de refinamiento superior consideran que la felicidad es el mejor de todos (los estados). Sin embargo, difieren respecto de qué es la felicidad. Para el Estagirita la virtud suprema e inherente a la mejor parte del alma es la felicidad y la forma más perfecta de la felicidad es la contemplación científica, la contemplación de la verdad.

Más adelante, Epicuro (341-270 a.n.e.) filósofo materialista y ateo, quien negaba la injerencia de los dioses en los asuntos del mundo y partía del reconocimiento de la eternidad de la materia, poseedora de fuente interna de movimiento, planteó la idea, que hoy parece tan moderna y pertinente al tema de estas páginas, que el conoci-

15. El concepto de coaliciones sociales innovadoras ha sido sugerido por el Rimisp, con base en el análisis de varios programas y proyectos de desarrollo rural en América Latina. Ver: Tanaka, M. “En busca del eslabón perdido: coaliciones sociales y procesos políticos en el desarrollo territorial rural”. Documento de Trabajo N° 111. 2012, Santiago de Chile 2012. Programa Dinámicas Territoriales Rurales. Rimisp, Santiago, Chile.

16. Fabrizio Hochschild, Conferencia Académica Inaugural 2016 “El futuro de un país en paz”. Los desafíos del país en la construcción de paz”, Bogotá, febrero 18.



miento persigue el fin de liberar al hombre de la ignorancia y la superstición, del temor ante los dioses y la muerte, sin lo cual es imposible la felicidad. Dos siglos después, y ya bajo la República romana, el filósofo y político Marco Tulio Cicerón (106-43 a.n.e.) propone que las virtudes son la única fuente de la felicidad y que hay que aspirar a la perfección, con base en el ejercicio de cuatro virtudes: la sabiduría, la justicia, el valor y la moderación.

Como puede verse por este corto repaso del pensamiento de filósofos de la Grecia y Roma antiguas, la idea de la felicidad era muy distinta a la que impera en el mundo contemporáneo. Muy poco se vinculaba la felicidad al consumo de bienes materiales y sí más a la satisfacción de necesidades del espíritu, lo que «choca» con la imagen cinematográfica de vida lujuriosa que impuso Hollywood. En este sentido, el pensamiento griego y romano se aproxima al Tao oriental, que también por milenios ha enseñado que Demasiado color ciega el ojo; demasiado ruido ensordece el oído; demasiado condimento embota el paladar; demasiado deseo entristece el corazón. La deformación que produce en la satisfacción de las necesidades materiales el estímulo exagerado del capitalismo al consumo de bienes, detrás de lo cual está el apetito de ganancias, haciendo del dinero un bien atesorable y no el simple medio de transacción que fue durante miles de años, lleva a los seres humanos a niveles muy altos de ansiedad y frustración.

No deja de sorprender que la edad que alcanzaron los pensadores mencionados doblase la expectativa de la vida para esa época, que apenas superaba los treinta años. Aunque en explicación de ello también podría argumentarse que quienes se dedicaban a pensar y

a escribir tenían los medios para hacerlo, con base en la producción esclavista. No obstante, 25 siglos después, habiéndose multiplicado por cientos la capacidad productiva del ser humano, todavía es una aspiración lo que planteó Aristóteles: Trabajar para disfrutar el ocio. Hoy, por desgracia, se ha invertido el orden: Se descansa para trabajar, haciéndose el ser humano un esclavo del trabajo, y en la inmensa mayoría de las personas ni siquiera para su propia utilidad o satisfacción, sino para enriquecimiento de una menguante minoría relativa que acumula en forma arbitraria y exagerada el fruto del trabajo de los demás. Hoy, al tiempo que se busca el bien-estar² se ha deshumanizado la vida en sociedad, con la persistencia de «endemias sociales» como el hambre y la miseria, cuya existencia es una irónica paradoja ante la inmensa capacidad de producción de la sociedad actual, que excede, con creces, las necesidades de la población mundial. Encontrar explicaciones a esta situación y plantear preguntas que lleven a la solución son propósitos que han orientado la vida del autor de estas páginas.

Ya hacia finales de la Edad Media y principios del Renacimiento, se encuentra en la ciudad-estado de Florencia la dinastía de la familia Médici, una de las más ricas y poderosas de la Italia de esa época, potencia en pleno florecimiento del Mercantilismo. Basta decir que el banco de los Médici tenía sucursales en casi toda la zona que hoy se conoce como Europa Occidental. En la segunda parte del siglo 15, Lorenzo de Médici El Magnífico (1449-1492), banquero y poeta, a pesar de su dureza como gobernante, incluida la tiranía en algunos episodios, quiso convertir a Florencia en la Meca del desarrollo cultural y científico europeo, emulando la

Atenas de los siglos 5 y 4 a.n.e., el siglo de Pericles, sobre la base de objetivos tales como estimular el movimiento humanista y artístico, fomentar la educación, en especial de la burguesía en ascenso, y mantener en paz la ciudad-estado. Recuérdese que Pericles fue uno de los primeros gobernantes conocidos que quiso hacer de la felicidad una política de Estado. Por desgracia, estos objetivos desbordaron la capacidad tributaria de los florentinos, generándose un abultado déficit fiscal, como se dice hoy, lo que llevó a la crisis económica, agravada por la competencia de las ciudades del norte, y, por consiguiente, a la devaluación de la moneda y al aumento de los impuestos, como también ocurre hoy. Con el desarrollo del capitalismo vino el decaimiento de Florencia y hoy es, en la práctica, una ciudad-museo. A esa época la representa muy bien Leonardo Da Vinci (1452-1519), considerado el máximo exponente del universalismo renacentista, quien pintó en Florencia, a principios del siglo 16, La Gioconda, cuyo rostro melancólico y enigmático muestra a una mujer anónima (?), cuya peculiar sonrisa puede ser expresión de la anhelada felicidad.

2 – Del Renacimiento a la Ilustración

Del Renacimiento brota la época de la Ilustración, caracterizada por una corriente del pensamiento cuyos representantes procuraban eliminar los defectos de la sociedad existente sobre la base de divulgar las ideas del bien y la justicia, así como el conocimiento científico. Pensadores como Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Herder, Lessing, Schiller y Goethe, entre los más conocidos de la Europa Occidental, aunque idealistas en muchos de sus planteamientos, proponen que se reconozca a la conciencia un papel determinante en el desarrollo de la sociedad; su actividad coadyuvó



a disminuir la influencia de la ideología feudal-clerical, con su visión teocrática y pesimista del mundo, para que se abriese paso una visión humanista y optimista, como soporte ideológico de la sociedad moderna, que proclama el bien-estar o el buen-vivir, como paradigma en «construcción» desde finales del siglo 19.

Para lo que nos interesa, uno de sus principales representantes fue Jean Jacques Rousseau (1712-1778), filósofo, sociólogo y teórico de la pedagogía, quien en su Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres, presentado en 1755 ante la Academia de Dijon, plantea que los seres humanos en estado natural son, por definición, inocentes y felices, y que es la civilización la que impone la desigualdad, en especial a partir del surgimiento de la propiedad privada, lo que les acarrea la infelicidad. De otro lado, en su ensayo Del Contrato Social, escrito algunos años después, propone que la libertad del ciudadano ha de verse garantizada por un contrato social ideal que lo integra a la comunidad, pero que al mismo tiempo lo libera de la dependencia de otras personas y de su propio egoísmo. La voluntad general, que señala el acuerdo de las distintas voluntades particulares, expresa la racionalidad que les es común, y permite que en su marco se realice la auténtica libertad del individuo, en cuanto ser racional. Hoy se plantea que sin la libertad, entendida ahora como la disponibilidad de

un amplio «catálogo» de oportunidades que debe garantizar la sociedad al individuo, no es posible la felicidad, como la opción que cada individuo escoge de ese «catálogo».

El brasileño Eduardo Giannetti (1957-), economista, historiador y profesor universitario, quien ha dedicado varios años de su vida –como dijo él mismo– al estudio de algo tan controvertido como esencialmente humano: la felicidad, enfatiza. “El iluminismo prometió una felicidad cada vez mayor a medida que se conquistara el dominio de la naturaleza, el ser humano se perfeccionara con la razón y se lograran gobiernos racionales”, expresó en entrevista para el diario La Nación de Buenos Aires. Y se preguntó: “¿Qué fue lo que falló? Los iluministas más exaltados –porque también había iluministas escépticos–, como el marqués de Condorcet (1743-1794), creían que había una ecuación infalible entre el progreso de la razón y el aumento de la felicidad. Cuanto más avanzara la civilización, más el hombre se volvería feliz con su vida. Ahora sabemos que la ecuación no se comprobó. La dimensión objetiva del bienestar mejoró mucho, no hay duda. Según indicadores médicos, por ejemplo, hubo mejoras impresionantes, pero la contrapartida de eso, el bienestar subjetivo, es muy cuestionable”.

En esa misma entrevista acepta que “hay un precio en el aumento de la civilización. Se pierde una cierta alegría

espontánea de vivir. Lo que Rousseau llamaba el dulce sentimiento de la existencia. Jean-Jacques Rousseau es un gran precursor de esa idea, de que lo que se gana por un lado se pierde por el otro. Las personas van perdiendo la alegría espontánea de vivir, algo que se encuentra en los países premodernos de África. Es sorprendente para cualquier europeo ver cómo los habitantes de Nigeria, a pesar de la enorme precariedad de su vida material, tienen una disposición feliz ante la vida”³. Debe recordarse que Condorcet plantea en su principal obra, Bosquejo de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano (1794), que la historia es producto de la razón y que el régimen burgués es la cúspide de la racionalidad y naturalidad, lo que más de 200 años después aplican otros al capitalismo monopolista de hoy, utilizando la idea del fin de la historia del Hegel reaccionario.

3 – De la Independencia de Estados Unidos a hoy

Al llegar a los inicios de la llamada sociedad moderna, uno de los hitos ineludibles es la Declaración de Independencia de los Estados Unidos (1776) en donde se consolida la idea de que la búsqueda de la felicidad, *the pursuit of happiness*, es un derecho inalienable del ser humano, para lo cual se requiere la plenitud de la libertad. Idea que Thomas Jefferson, uno de los inspiradores de tal Declaración, había planteado así: ...todos los hombres han sido creados

2. No usamos la palabra bienestar, unida, como es lo usual, sino separada por un guión para resaltar que el bien-estar no es tanto un disfrute de bienes materiales –como es la interpretación deformada que tienen algunas corrientes del pensamiento–, sino el conjunto de aspectos materiales y espirituales que permiten al ser humano estar bien, realizarse con satisfacción, con independencia de lo material, sin que se niegue su necesidad. Esta licencia la llama el lexicógrafo español José Martínez de Sousa el “guión estilístico o geminado”, que es “el que suele colocarse, en un término compuesto, para separar sus elementos cuando conviene hacer hincapié en una de las acepciones de tal compuesto...”. Ortografía y ortotipografía del español actual. 2ª edición, corregida. Ediciones Trea, Gijón, 2008, pp. 361-362. El Diccionario de las Academias de la Lengua Española destaca que la palabra bienestar viene de bien y estar. En inglés también se está haciendo esta distinción, pero ha sido más fácil. Se ha sustituido welfare por well-being. En francés se está utilizando la palabra compuesta bien-être.

3 Entrevista de Luis Esnal, corresponsal de La Nación de Buenos Aires en Brasil a Eduardo Giannetti, tomada del Boletín Virtual del Instituto del Pensamiento Liberal (Bogotá), No. 14 de mayo de 2004, recibido por correo electrónico.



iguales e independientes, y de esa igualdad derivan derechos que le son inherentes y inalienables, entre los cuales se encuentran la preservación de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. En coincidencia con los filósofos griegos y romanos citados, otro de los promotores de la independencia estadounidense, Benjamín Franklin, dijo: Sé virtuoso y serás feliz.

Y hay que mencionar la Declaración de Independencia de Estados Unidos, pues en ella se plasma en un documento de Estado, por primera vez en la sociedad moderna, la idea de que la búsqueda de la felicidad es un derecho de los ciudadanos, de todos los seres humanos. Idea que hunde sus raíces en las primeras comunidades puritanas de colonos ingleses en el siglo 17 y se materializa en lo que en la primera parte del siglo 20 va a llamarse el sueño americano, the american dream. Sueño deformado en la segunda parte del siglo 20 por el exagerado consumismo de la sociedad estadounidense, cuando tiende a confundirse felicidad con exceso de consumo, lo que no niega que esos sueños, luego repetidos en muchas partes del mundo, correspondan a los deseos de libertad religiosa, de movilidad social, de poseer algo, de gozar de la vida, de aspirar a un buen vivir, a un bien-estar. Y esos sueños no son sólo de blancos descendientes de europeos, sino de ese crisol humano que es la sociedad estadounidense, como lo es toda la América. Basta recordar a Martin Luther King (1929-1968), legendario líder de la población negra, los descendientes de africanos, cuando en 1963 pronunció su famoso discurso Yo tengo un sueño.

Pues a pesar de la abolición formal de la esclavitud, en esa histórica manifestación por la libertad, como la bautizó

el propio Luther King, hubo de decir que “cien años después, el negro aún no es libre; cien años después, la vida del negro es aún tristemente lacerada por las esposas de la segregación y las cadenas de la discriminación; cien años después, el negro vive en una isla solitaria en medio de un inmenso océano de prosperidad material; cien años después el negro todavía languidece en las esquinas de la sociedad estadounidense y se encuentra desterrado en su propia tierra”. Y a continuación dijo que cuando “los arquitectos de nuestra República escribieron las magníficas palabras de la Constitución y de la Declaración de Independencia, firmaron un pagaré (...) una promesa de que a todos los hombres, les serían garantizados los inalienables derechos a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. No obstante, “Estados Unidos ha incumplido ese pagaré en lo que concierne a sus ciudadanos negros. En lugar de honrar esta sagrada obligación, Estados Unidos ha dado a los negros un cheque sin fondos (...) Pero nos rehusamos a creer que el Banco de la Justicia haya quebrado. Rehusamos creer que no haya suficientes fondos en las grandes bóvedas de la oportunidad de este país. Por eso hemos venido a cobrar este cheque; el cheque que nos colmará de las riquezas de la libertad y de la seguridad de justicia”⁴. Situación que aún perdura, no sólo en Estados Unidos y para los negros estadounidenses.

La idea de la búsqueda de la felicidad impactó de manera muy positiva al Libertador Simón Bolívar, quien varias veces la utilizó en su prolífica producción escrita. Quizá la mención más conocida es aquella que en el extenso discurso de instalación del Congreso de Angostura (15 de febrero de 1819) reza así: “El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor



suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política. Por las Leyes que dictó el primer Congreso tenemos derecho de esperar que la dicha sea el dote de Venezuela; y por las vuestras debemos lisonjearnos que la seguridad y la estabilidad eternizarán esa dicha”. Ninguno de esos tres deseos del Libertador se ha hecho realidad; falta mucho para alcanzar la estabilidad política y la seguridad social en Nuestra América y aún más para avanzar hacia la felicidad posible. No obstante, algún día las utopías se realizarán. Pero su insistencia era tozuda. En los párrafos iniciales de tal discurso había dicho: “¡Legisladores! Yo deposito en vuestras manos el mando supremo de Venezuela. Vuestro es ahora el augusto deber de consagraros a la felicidad de la República”. Y más adelante recuerda: “Aquí es el lugar de repetiros, Legisladores, lo que os dice el elocuente Volney en la Dedicatoria de sus ruinas de Palmira: A los Pueblos nacientes de las Indias Castellanas, a los Jefes generosos que los guían a la Libertad: que los errores e infortunios del mundo antiguo enseñen la sabiduría y la felicidad al mundo nuevo”⁵.

También en el siglo 19 un pensador como Marx se preguntó por el mejor camino para llegar a la felicidad, que en pocas palabras es el desarrollo pleno de la persona. Como interpreta el filósofo polaco Adam Schaff, lo que distinguía a Marx “de sus compañeros de armas, especialmente de los jóvenes hegelianos, era más bien la forma en que planteaba dichos problemas [nota de JSC: los relativos al desarrollo del ser humano] e intentaba resolverlos. Pues Marx pronto decidió que no podía hallarse solución alguna en un individuo supuestamente autónomo y comenzó a buscarla en las fuerzas sociales que son las únicas capaces de eliminar las barreras sociales que obstaculizan el desarrollo de la personalidad y la felicidad humana. La idea de que pueden eliminarse las causas de la infelicidad a escala de las masas, en tanto que no se pueden hacer a los hombres felices «desde fuera», se halla implicada en esa aproximación. (...) Cuando la lógica de su investigación hubo conducido a Marx al descubrimiento de que la liberación y la felicidad del individuo podían alcanzarse mediante

la lucha de clases y cuando éste hubo basado el problema del individuo en el principio del socialismo científico, todos los esfuerzos se concentraron en los problemas del movimiento revolucionario de las masas. (...)”.

Y más adelante Schaff dirá: “El partidario del humanismo socialista está convencido de que sólo se puede alcanzar la felicidad personal a través de la felicidad de la sociedad, porque sólo una ampliación de la esfera del desarrollo de la personalidad y de la posibilidad de satisfacción de las variadas aspiraciones de los hombres a escala social proporciona una base duradera para la realización de las aspiraciones personales. Sin embargo, no se limita a postular el afecto o el amor al prójimo universales, si bien estos principios, cuyo incumplimiento es la causa principal del sufrimiento, le tocan muy de cerca. El partidario del humanismo socialista comprende que el cumplimiento de sus requisitos significa lucha, que la causa a la que sirve está socialmente condicionada y exige determinadas transformaciones de las relaciones sociales. (...)”⁶.

De otro lado, la experiencia vivida a finales del siglo 15 por Florencia, así como los ejemplos más recientes del incipiente Estado del bienestar en la Alemania de Bismarck a finales del siglo 19, el New Deal de Roosevelt en Estados Unidos en la primera parte del siglo 20 y los Estados de bienestar europeos posteriores a la segunda guerra mundial, muestran que la búsqueda de mejores condiciones de vida como un objetivo de la sociedad sí es posible. Pero esa búsqueda debe corresponder a una función social concreta y cuantificable, en cuyo desarrollo estén bien identificados quienes merecen recibir bienes y servicios sufragados por la

sociedad, a través del Estado, ya sea en forma total o parcial. Aunque parece una paradoja, la búsqueda de la «utopía posible»⁷ de una sociedad mejor debe tener el mejor respaldo teórico y la más sólida sustentación práctica en cuanto a la capacidad de una sociedad para «pagar» el «ideal»; no es posible conseguir tan preciado objetivo con sólo buenos propósitos, pues el precio puede ser muy alto: abrumadores desequilibrios fiscales que a la larga se vuelven impagables, con el costo de la depreciación monetaria y la crisis económica que golpea más duro a los pobres y vulnerables. Se requiere una solidaridad social eficaz y sostenible.

Para el caso de Nuestra América, la América al sur del Río Grande, pueden retomarse las palabras de la brasileña Nélida Piñon (1937-) en el Foro de Barcelona de 2004: “Como hijos de todas las navegaciones, guardamos en nosotros el recuerdo de los traslados europeo, africano, oriental. Junto a los aedos, a los chamanes y a los amautas, mencionamos los nombres de Sócrates, Ovidio y Virgilio. Pero para llegar al futuro, que somos nosotros, sufrimos hasta hoy el peso de la conquista y de la ruina, de la modernidad que nos impone el enigma y el conocimiento”. Y como dijo más adelante, fueron ellos –los ibéricos– “los que, junto con los celtas, convirtieron a la región en un entroncamiento de la civilización. Feliz confluencia étnica que consolidó entre ellos el amor a la soledad, a la iconoclasia, a la imaginación exaltada, a la atracción por la magia. Los romanos también aportaron lengua, ley y filosofía, calcadas de las de los griegos. Se integran a la cultura que se reparte entre estoicismo romano, filigranas árabes y teología judaica. ¿Culturas que indagan a quién debemos la invención narrativa? (...)”

4 Luther King, Jr. Martin. Tengo un sueño. Discurso leído en las gradas del Lincoln Memorial, tomado del Boletín Virtual No. 15 de mayo de 2004 del Instituto del Pensamiento Liberal (Bogotá), recibido por correo electrónico.

5 Obras Completas, Tomo V. Ministerio de Educación de Venezuela, Caracas, 1947. pp. 339, 331 y 341

6. Schaff Adam. Filosofía del hombre. (Marx o Sartre). Grijalbo, México, 1965, pp. 15 y 111-112

7. Posible, en cuanto el Diccionario de la Lengua Española (vigésima segunda edición, p. 1534) define utopía como “Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”. Si bien la etimología más aceptada de la palabra se vincula con las expresiones griegas οὐ «no» τόπος «lugar»: lugar que no existe, en las anotaciones de pie de página que trae la edición de Utopía de Thomas More revisada por Ralph Robynson (Ediciones Folio, Barcelona, pág. 120) se dice que también puede provenir de εὐ «bueno» o «feliz», por lo que podría significar lugar bueno o feliz o tierra de la felicidad, que también es la idea que transmiten diversos textos de la época griega. En ese sentido es que el segundo libro de esta trilogía se titula Nuevo modo de desarrollo. Una utopía posible.



Bajo el signo de estos paradigmas, que brotan en el continente, el peso y la fascinación de tal genealogía nos devuelven fatalmente al universo helénico, latino, al extenso mar humano. Al camino de la misteriosa modernidad donde se posan nuestras señas de identidad⁸.

Como dijo en una de sus frecuentes visitas a Bogotá Rodolfo Llinás (1934-), el colombiano director del departamento de Fisiología y Neurociencia de la Universidad de Nueva York, los “colombianos somos tristes, malos y violentos porque no se nos ha dado la oportunidad de ser Humanos, se nos ha negado la posibilidad de ejercer a plenitud nuestra inteligencia. Colombia tiene que dejar de ser pronto una nación frustrada. (...) La propiedad más importante del ser humano es su capacidad de soñar, y de convertir sus sueños en realidad”⁹.

Nadie puede negar que en esta región germine, en el futuro, la semilla de la felicidad. Pero no impuesta, sino como opción del individuo, lo que no niega tampoco que en el futuro ayudar a los seres humanos para que en un escenario de libertad busquen la felicidad, pueda ser política de Estado, decisión consciente de una sociedad. Como pregunta y responde al mismo tiempo Eduardo Giannetti en entrevista ya citada, “¿Terminaron las fórmulas ideológicas, marxistas o capitalistas, de la felicidad? Yo no creo que exista un sistema económico que pueda resolver por nosotros el desafío de la felicidad. Creo que esa fue la quimera del siglo XX, heredada del pasado, de que tenía que haber algún sistema económico que nos llevara a la mejor vida. Lo que un sistema económico puede hacer es dar más oportunidades

para que un número mayor de personas tengan un amplio abanico de opciones para encontrar su propio camino. Un buen sistema tiene que permitir mayor espacio para que las personas afirmen sus valores, pero eso no garantiza la felicidad de nadie. (...) El problema de la realización humana es esencialmente individual, no se resuelve colectivamente. Lo que lo colectivo puede hacer es incomodar menos, dar más oportunidades y capacidades: educación, salud, igualdad de oportunidades”.

Y para enfatizar que el problema no es económico y que más bien se ha abusado de la Economía, como ciencia social, recuerda que los “grandes economistas del pasado, incluso Keynes, imaginaban que había un problema económico en la sociedad. Y pensaban que a medida que la civilización avanzara y los problemas fueran resueltos, lo económico iba a quedar subordinado a otros valores. Lo que uno observa es que lo que ocurrió fue lo contrario: la humanidad tuvo económicamente un avance enorme, pero lo económico pasó a ocupar un espacio cada vez mayor. Hay algo equivocado. Nuestros ancestros, que tenían un nivel de ingresos mucho peor que el nuestro, estaban menos obcecados por la economía que nosotros”¹⁰.

4 – Avanza el reconocimiento como objeto de estudio científico

El sucinto repaso histórico de las páginas anteriores muestra que de manera lenta pero persistente avanza la idea de que un mundo mejor es posible, como se dice hoy en ciertos medios académicos, y que para llegar a ese mundo es necesario avanzar también en el reconocimiento de la felici-

dad como un objeto de estudio científico. En ese caso, podrían hacerse alrededor de la felicidad las mismas preguntas que los griegos se hacían hace más de dos milenios acerca de lo que entendían como un problema o proceso trascendente. En primer lugar se preguntaban ¿es bello, produce belleza?, pero entendida la belleza no como rasgos físicos perfectos, sino como fenómeno armónico en sí, que contribuye al disfrute de la vida, a lo que llamamos hoy el bien-estar. Como dice en la primera acepción de belleza el Diccionario de las Academias de la Lengua, “propiedad de las cosas que nos hace amarlas, infundiendo en nosotros deleite espiritual”. Y bello lo define como “bueno, excelente”. En forma lírica el poeta Amado Nervo dijo que la felicidad es como la neblina ligera: cuando estamos dentro de ella no la vemos.

Lo que conduce a entender la segunda pregunta en el interrogatorio griego: ¿es bueno, su bondad enaltece la condición humana?, en correspondencia con la segunda acepción de bondad en el Diccionario: “natural inclinación a hacer el bien”. De bien dice en la primera de 18 acepciones, “según es debido, con razón, perfecta o acertadamente, de buena manera”. Así se llega a la tercera pregunta: ¿es útil, provechoso para la condición humana?, ¿tiene utilidad para el ascenso en la belleza y la bondad?; hoy hay que preguntar, ¿contribuye al desarrollo humano?, lo que permite desbordar la concepción calvinista de lo mero utilitario, en el sentido que le da el citado Diccionario: “que sólo propende a conseguir lo útil, que antepone a todo la utilidad”, entendida a su vez como “provecho, conveniencia, interés o fruto que se saca de una cosa”.

* Acápite del libro, próximo a publicarse, HACIA UN MODO DE DESARROLLO HUMANO: Realización de la libertad y búsqueda de la felicidad, tercer volumen de la trilogía La aventura del desarrollo humano.

** Fundador, miembro de número y Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas; miembro correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España y de la Academia Nacional de Economía del Uruguay; PhD en economía (summa cum laude) de la Escuela Superior de Economía de Berlín y doctor en ciencias económicas de la Universidad de Rostock (Alemania); Investigador emérito, reconocido por el Depto. Administrativo de Ciencia y Tecnología (Colombia); profesor-investigador y director del Observatorio sobre Desarrollo Humano de la Universidad Autónoma de Colombia; presidente de la Fundación América Mundial; profesor visitante de postgrado en varias universidades, sobre todo en la temática del desarrollo humano y la gerencia social; autor de 13 libros, 21 folletos y más de 300 ensayos y artículos científicos publicados en Colombia y el exterior, de los cuales más de 70 en revistas indexadas o de importancia académica; coautor en 23 libros.

8. Néilda Piñón, Identidad mestiza. Discurso de la presidenta de la Academia Brasileña de Letras, en el Foro de Barcelona 2004, tomado de una separata de El Tiempo, 20 de julio de 2004, p. 88

9. Editorial del diario Portafolio, del 30 de marzo de 2004, p. 37, titulado Los mensajes de Llinás.

10. Entrevista de Luis Ensal, corresponsal de La Nación de Buenos Aires en Brasil a Eduardo Giannetti, tomada del Boletín Virtual del Instituto del Pensamiento Liberal (Bogotá), No. 14 de mayo de 2004, recibido por correo electrónico.